

XXII PREGON DEL COFRADE
HERMANDAD DE LA CANDELARIA
Iglesia Parroquial de San Nicolás de Bari
21 de Marzo de 2002
Pronunciado por D. Manuel Rodríguez Hidalgo
Presentado por D. Aurelio Verde Carmona

PRESENTACION

Rvdo. Padre
Mis hermanos de la Candelaria
Señoras y señores.

Dicen los que saben de las cosas del firmamento y de las conjunciones celestes que ayer tarde llegó la primavera, atribuyéndole al tiempo de las flores una fría puntualidad. Y como siempre, los sabios se equivocan. La primavera hace tiempo que está con nosotros. Porque la primavera es un jardín interior que florece en el alma de Sevilla, plantada por una inusual simiente. Un miércoles, ya lejano, supimos de un gris y lúgubre recordatorio en forma de una pizca de ceniza. Pero esa ceniza que quiere hacernos recordar nuestra efímera condición, aquí, en Sevilla no es tal ceniza. Es eso: una semilla que germina de sopetón, milagrosamente, sin riegos ni fertilizantes. Cae la ceniza y ya está la primavera floreciendo en el espíritu de Sevilla. Y con la primavera, los acordes que no llegaron a irse de nuestros sentidos. Mira qué pronto huyen las horas. A vueltas de un año, otra vez con vosotros, mis queridos amigos, mis hermanos de la Candelaria.

Y mi palabra, cediendo el testigo, el bendito testigo del Pregón Cofrade. Lo mismo que hizo Carlos con su temple dulcísimo, magistral y exquisito el año pasado.

Ahora me toca a mí ceder los trastos. Y en esto de las presentaciones parece que algunos no se ponen de acuerdo y dejan la rosca fuera de su sitio. Cuando pienso que todo es más fácil, cuestión de delicadeza y de cariño. Ni coger al vuelo el pájaro de la ocasión y meter la cuña de unas florituras que no vienen al caso, ni tampoco la frialdad de unas frases desnudas para salir con desdén del compromiso. Por mucho oficio que se tenga, cumplir el encargo con unos fríos lances o dejar para última hora la atención que se te ofrece es, cuando menos, una falta de cortesía. Poner en suerte el toro de los silencios sólo se puede hacer como hay que hacerlo: toreando a una mano y poniendo el corazón en ello como el mejor de los peones. El maestro es el que viene detrás con el capote sujeto con las dos

manos y dispuesto a hincar las zapatillas en los redanos de la tierra. Y en este caso el maestro es un cofrade con todas las de la ley. Cabecera de cartel sin discusión, porque en esto del antifaz tomó la alternativa con pantalón corto como tanta gente de la nuestra.

Y desde entonces, al pie del tajo. Todo cuanto ha hecho y ha dicho Manuel Rodríguez Hidalgo en su devenir cofradiero es una pura guirnalda de bien hacer y de mucho sentir. Una colección de huellas que al final se funden en una sola huella. Una estela de digna trayectoria trasminando amor a Sevilla, a sus raíces, a la fe que un día recibiera como regalo del destino. Hay cofrades que todo lo que sienten, todo ese manantial de amor a Dios a la liturgia sevillana de la Pasión, sólo pueden expresarlo, y ya es mucho, con una militante y perseverante entrega, anónima y callada, que labra con su diario afán el diezmo inapreciable que aportar al gran tesoro de la Semana Santa de Sevilla. Otros pocos, con privilegio de un don recibido pueden además expresarlo y repartirlo como un pan milagroso. Y ése es el caso de nuestro pregonero. A su dedicación a estos fervores -tan nuestros hay que unir el historial de un hombre que reparte su voz engalanando pórticos y regalando el oído de sus hermanos. Es un lujo escucharlo y un privilegio compartir los festines de su palabra. Quienes me conocen saben que soy enemigo de los prolijos historiales a la hora de presentar a un amigo.

Y además resulta que entre nosotros, en esta entrañable asamblea de hermanos nos conocemos de hace mucho. Lo importante es decir lo que casi nunca se dice, aunque tampoco sea un secreto. Manuel Rodríguez Hidalgo, nuestro pregonero, que ahora empuña el timón del barrio de la Calzada, y que tanto bueno ha dicho y ha hecho y ha sembrado y labrado en esta parcela de fe y de sagrados ritos sevillanos, tiene, un corazón acorde con sus actitudes cristianas. Persona cabal donde las haya y un sevillano decuerpo entero. Cuanto dice y cuanto hace es una muestra de su probidad sin tacha. Un ejemplo de lo que es llevar un antifaz y una túnica todos los meses del año ocultando a la mano izquierda lo que hace la derecha. Porque resulta que la cosecha se recibe en el propio corazón. Esta es la palabra de un cofrade de Sevilla y de una buenísima persona.

XXII PREGON DEL COFRADE

Pronunciado por Manuel Rodríguez Hidalgo en la Iglesia de San Nicolás de Bari el 21 de Marzo de 2002

Reverendo Señor.

Sr. Presidente y miembros de la Junta Rectora.

Ilustre Consejero Delegado de las Hermandades del Martes Santo.

Hermanos Mayores y dignísimas representaciones de Hermandades.

Señoras y Señores:

Cuando la evocación sinfónica de Font de Anta permitió al Pregonero dar en el Teatro Maestranza el aldabonazo a los sentimientos religiosos de la ciudad anunciando con fe y con esperanza, con palabras llenas de amor y de paz, la buena noticia de un nuevo amanecer a la luz de la Verdad que va a iluminar un camino de cruz y de gloria, los hermanos de la Candelaria, con exquisita sensibilidad, nos convocan esta noche de presentidas emociones, noche inquieta de vísperas, para exaltar en el crisol de la inminente realidad las grandezas y las excelencias de quienes hacen posible el portentoso milagro de acercarnos la sobrecogedora expresión del rostro de las Imágenes Sagradas; el sacrificio sin límites de un Dios que supo morir de Amor; el frágil dolor de la Virgen que llora inconsolablemente con su cara, con su boca, con su alma, con su angustia, en una ciudad que calla y ríe, que canta y reza, que se hace piropo, lamento, alegría y lágrima, plenilunio de belleza ante los maravillosos altares itinerantes que se presentan y se pasean con el carisma de nuestra tierra y con el pálpito de nuestras gentes.

La voz sutil y candorosamente poética del Presentador acarició nuevamente el atril para crear entre nosotros un delirio febril de confraternidad. Ojalá mi voz alcance el tono suficiente para entroncar con vuestras devociones y rimar con vuestros propios sentimientos.

Con sentidas palabras veladas por la emoción ante el ofertorio procesional de la Sagrada Imagen del Señor envuelta en siglos de cruz. Con el alma arrodillada, los ojos nublados encendidos de fervores, ante la indescriptible hermosura de amor filial concentrado en la Virgen, que tan cerquita la tengo, con esperanza, amor y entusiasmo, desde la cátedra de mi libertad, abro el libro de la Gran Hermandad donde se encuentran, entre los nervios de la piel encuadernadora, las páginas redactadas con la más fina y elegante caligrafía, los nombres de los hombres y mujeres que integran las hermandades, que creen en ellas, las hacen comunidades de fe, de culto y

de amor, dan testimonios cristianos con el ejemplo de sus vidas, con sus renunciaciones, sacrificios, vivencias, lágrimas, promesas.

Sea este pregón un himno de exaltación y de alabanza, un canto de esperanza a los intérpretes y autores de la pieza más maravillosa que nadie jamás haya creado, a quienes pregonan la verdad grandiosa y elocuente encendida en místicos fervores, presentada al pueblo con acentos penitenciales y pancartas a lo divino.

No sólo es la palabra agradecida sino es el corazón quien, regido por el nictemeral ritmo que provoca la transmisión epistolar y excelsa de una fe y de unas creencias, se emociona ante quienes con las medallas sobre el pecho, las insignias en las solapas para que los vean, los señalen y los acusen, vanguardias de la Iglesia Hispalense, exhala el grito responsable que sale del hondón de mi alma, porque creo en ellos. Estos hombres y mujeres, para honra y honor de nuestra tierra son: Los muy nobles, muy leales, muy fieles, cristianos y marianos cofrades de Sevilla.

¿Cómo y por qué nace la cofradía? Al principio era el Verbo y el Verbo era Dios. Todas las cosas fueron hechas por Él. Él estaba en la Vida y la Vida era la Luz de los hombres y al hombre le dio un paraíso.

Tanto amó Dios al mundo, que le dio a su Unigénito Hijo.

En su infinita omnipotencia previó que era necesario ofrecer a la creación medios comprensivos del Proyecto Redentor y de acercamiento al Mensaje Mesiánico: promesa de un Reino de paz, de tolerancia, de vida, de justicia y de amor.

Sabiduría absoluta, conocía que por tierras ibéricas, a orillas de un gran río, habría un pueblo que vería la Luz y creería en ella. Tierra de gente noble, de fe sencilla conquistada por la sangre de dos jóvenes alfareras, impregnada de cultura isidoriana y marianizada por obra y gracia de un Santo Rey.

Sabiduría absoluta, vio que en el tiempo necesitaría de un medio lleno de perfecciones y exactitudes para que el hombre y la mujer, de cualquier edad y condición, elevaran sus ojos a lo alto, con sincero arrepentimiento brotaran de sus labios el susurro de una oración ante nuevas arcas de la alianza, donde una flor, rubí encendido, estallara a borbotones entre las grecas retorcidas de un arte que llamarían Barroco recogiendo la Sangre derramada por el Redentor del mundo encarnado en una joven virgen, pura, inmaculada y nazarena.

Para esa Virgen soñó con una apoteosis de luces amarillentas de mieles dorando su rostro de Madre Dolorosa bajo un dosel sostenido por doce varales con sus ojos rezumando amarguras o divina ternura, o con el esbozo de una maternal sonrisa llena de gracia y esperanza entre ingeniosos y argentinos sonos celestiales.

Lo creyó tan bueno para ese hombre al que ya le había dado, hecha carne de su propia carne, el don preciado de la mujer, que...

Al inspirar Dios a Sevilla,
y decir: "Hágase la luz"
surgió la maravilla
de su cielo puro y azul.

Separó la tierra con un río,
Guadalquivir de gracia gitana,
a una orilla llamó Sevilla,
y a la otra, Triana.

Le dio un parque, un Alcázar,
una torre de Oro, otra de Plata
y repiques de campanas,
por soleares la Giralda,
por bulerías, Santa Ana.

Viéndola tan bonita,
tan hermosa, tan galana,
orgulloso de su obra buena
sopló lo que debían hacer:

Un palio para María,
para su Hijo, el clavel,
Sevilla se hizo vergel
y nació la cofradía.

Las hermandades no surgen por generación espontánea, sino por inspiración divina.

En el mundo convulso del final del primer milenio, los monasterios fueron lugares destacados para la conservación y desarrollo de la cultura, la meditación de la palabra y el estudio de la verdad, gracias a la teología y a la espiritualidad predicada por San Benito, sin embargo fue necesaria la

reflexión cristiana que llega en toda su plenitud en el Siglo XIII con la Suma Teológica de Santo Tomás de Aquino que desciende en todos sus capítulos al plano vivencial de la fe. A la fe se le había de unir el culto previsto desde el principio por Dios. De ahí que la Iglesia, especialmente desde el Concilio de Letrán, buscara fórmulas que se adaptaran a la realidad del hombre, que éste se sintiera cercano a su religión, comprensiblemente reliado. Y la halló no sólo en la palabra sino en el arte desmesurado, post renacentista, nacido en el Siglo XVII, alternativa entre el equilibrio y la audacia, defendido por los Jesuitas y por la Corona de España en plena Contrarreforma.

Fue una invitación generosa de la Iglesia a dirigir la mirada del hombre. Orientar la conciencia y la experiencia de todos hacia el Misterio de Cristo. Ayudar a tener familiaridad con la profundidad de la Redención. Mirar la Cruz, arbórea ya, donde un Dios hecho Hombre sufría como el hombre de la tierra extendiendo los brazos de la caridad y del amor para abrazarnos.

Una cruz de penitencia y de reconciliación. Una cruz de humildad y de comprensión. Una cruz de tolerancia y multiculturalidad. Una cruz de fe y de esperanza. Una cruz donde florecerá la nueva vida y el nuevo reino, binomio que aprovecha el gran predicador Fray Luis de Granada con el mayor entusiasmo, el más elegante estilo y la unción de un enamorado para pregonar, por primera vez, la presencia de María Santísima en la calle de la Amargura, en el Calvario dolorosa, viendo como su Hijo con los ojos nublados, la boca sedienta, en otro gesto inmenso de amor, aun tiene la fuerza suficiente para desprenderse del tesoro máspreciado que aún le quedaba. Ya le había entregado al hombre su Cuerpo y su Sangre, ahora le daba lo que más quería, Ella, María, su propia Madre que llena de dolor, de angustias, encarnaba en su corazón traspasado un nuevo hombre abierto a la esperanza con las candelas despabiladas de la fe en el Nazareno. Y ahí nace el Cofrade. Ahí se rinde Sevilla.

Los primitivos cofrades dejaron la huella indeleble de su ejemplo con comportamientos claros y testimonios evangélicos. Manifestaron con cristiana y generosa sevillana la auténtica esencialidad religiosa nacida y desarrollada para hacer ejemplares actos de fe, de amor, de solidaridad. Ahí está la Historia para demostrarlo.

Aunque con luces y con sombras, con aciertos y fracasos, el cofrade de ayer, sustentado por la pedagogía de San Agustín, asimiló su “teología de la facilidad”; nos legó el camino de la ascética y del impacto de los sentidos como la mejor manera de llegar al pueblo, no sólo a los exquisitos y privilegiados espíritus. Se hereda la universalidad de la Iglesia y la fuerza

atractiva de la imagen. Triunfa la plástica sobre la retórica. La teología de la facilidad y de la comprensión se hace encuentro –de una manera natural– uniendo la fe y la razón al diálogo del culto y de la cultura mostrándose con toda la fuerza humanizadora. Es entonces cuando el cofrade descubre su responsabilidad transmisora, la necesidad de esparcir semillas del cielo sobre el suelo maculado de Sevilla. Crea el compromiso de enlazar ámbito y personas; impregnar de humana creatividad la dinámica cofradiera y entregarla, en expansión de devociones, al torrente absoluto de su propio ser y de su propio estar, la ciudad, que ofrece sus calles, plazas y barrios embriagados por los efluvios aromáticos de la primavera que la hacen eterna inspiradora de delicada poesía ante el asombro de luz y de encarnadura espiritual que le ofertan los cofrades con un potencial humano y de organización que inundan la ciudad de contenidos y mensajes evangélicos penetrando en las distintas capas sociales, irrumpiendo en sus mentes, conformando sus conciencias, determinando sus conductas, con su poder inmenso y su gran influencia decisiva, celosamente enmarcados por el rito solemne de la liturgia.

Sevilla cae embelesada, místicamente posesionada en sus sentidos, sencillamente porque la cofradía, inspiración de Dios, verso eterno de luz y de esperanza, constituye la entraña misma de su frágil sensibilidad y de su inmarcesible vida religiosa. Y esto se ve, se oye, se siente, su huele y se palpa.

Sevilla se ve en sus calles y en sus famosos monumentos. Sevilla se siente en la placidez de una mañana de agosto cuando el reloj de la esbelta torre para el tiempo y deja oír solo el pulso de las horas ante una divina sonrisa entre nardos y tumbilla.

Sevilla se huele una mañana de Corpus en la más fina fragancia de juncia y de romero hecha alfombra para el Dios de Dios y Luz que ilumina el Amor de los Amores custodiado en la filigrana platería de Arfe y envuelto por la dulzura de las coplas de los seises, pureza de la ciudad.

Sevilla se oye en el crujir de las trabajaderas del paso del Cristo de Santa Cruz cuando el suave rastreo de las alpargatas de los cofrades costaleros lo llevan repartiendo Misericordias con la música tornasolada que desprende los ecos arbóreos del Alcázar impregnados de aromas del arrayán y la malva en las últimas luces de la tarde.

Sevilla se ve en el azul rosado de un atardecer cuando las aguas del río refleja en su corriente el suspiro más profundo de una vida que no se va, que se queda para siempre bajo el patrocinio de sus cofrades.

Sevilla se palpa en la vida de Iglesia que se nos viene desde el Cerro en una experiencia comunitaria aferrada al manto de la Virgen de los Dolores, que se desahoga en gemidos, en una proclamación dogmática de humilde grandiosidad.

Sevilla hace exégesis del silencio con el embriagador escalofrío de unos cirios enhiestos, clavados en la cintura, estremecidos por un murmullo de esparto y por la danza sagrada de las cruces penitenciales de los nazarenos que acompañan en las aulas negras de sus túnicas, con respetuosa medida, al Cristo que dulcifica su rostro dando desde la cátedra de la Cruz una magistral lección de su Buena Muerte.

¿Qué es el silencio? El silencio es una imposición del alma sobre el cuerpo.

El silencio es inefable,
no se puede definir.

Silencio se hace el aire
y el alma silencio al sentir
que se acallan los sonidos
cuando presiente venir
al mejor de los nacidos,
midiendo en su cahíz
los rezos y los quejidos
de los labios al salir.

El silencio te arrodilla
cuando cruje la caoba.
El tiempo para sus horas
ante su morada orilla
y no se explica el por qué,
sólo se atina a rezarle
con devoción y con fe.

Es un silencio que brilla
en la santa madrugada,
un silencio que acuchilla
los entresijos del alma.

¡Ay! Que no se oigan los rezos,
ni el rastreo de los pies,
ni el gotear de los cirios,

ni el rocío en el clavel,
 ni el alma que se agita
 y de emoción quiere arder,
 ante un Dios que se humilla,
 en un claro amanecer,
 siendo Señor de Sevilla,
 Jesús del Gran Poder.

Así es la romántica severidad de una ciudad que valora la cofradía como algo consustancial con su ser. Que sabe tanto de celestiales misterios por haber sido concebida por el más delicioso de los soplos divinos. En ella toda acción es una acción creativa, intrínsecamente aceptada, para proyectar a Jesús y a María en la muchedumbre que contemplan el señorío desbordado del amor de Cristo y los lacrimosos ojos de la Virgen, todo una gramática de humanización.

En esta ciudad el cofrade entiende que la cofradía no sólo sale para que produzca un diálogo con Cristo, sino hacerlo ver, hacerlo creíble, cercano, amigo, hermano, capaz de dar su vida, su sangre, en cascada de suspiro desde las espinas lacerantes de su divina frente y de la herida de su costado.

Una ciudad que se hace silencio o locura, paradigma de elegancia y de esplendor, cuando presiente enardecida el tumulto barroco de un paso de misterio que llega majestuoso, impresionantemente envuelto por la bulla imantada por la poderosa atracción iconográfica, o por el alud de gracia y de poesía que le exalta el alma cuando aparece la gloria anticipada, plácidamente acunada por la nana dulzona del bamboleo de un paso de palio. Apoteósicas sinfonías de bambalinas y danzas celestiales de las volutas de incienso por los lugares más íntimos –para nosotros del Martes Santo- Calles Feria, San Fernando, Mateos Gago, Muñoz y Pabón, Águilas, o los barrios del Cerro, la Calzada y San Lorenzo, que gozan la luz que como madrigal amoroso convierte en piropos, la plata, el oro, la cera, la flor, el arte, que son versos enamorados que lloran, rezan y cantan por Sevilla que es sinfonía de bambalinas de palios; gloria de parussía por sus calles y por sus barrios cuando:

Cruzan el mar de Sevilla,
 con sus caritas de nácar,
 unas bellas dolorosas
 en sus barquitas de plata.

San Esteban le ilumina
 las bellas velas rizadas.
 San Benito tira al agua
 las perlas de sus lágrimas.

La Noche por Santa Cruz
 es Dolores y es la Gracia
 Amparo por calle Feria
 es una auténtica soberana.

Angustia va enseñando
 su cátedra universitaria.
 Dolores desde el Cerro
 envuelta viene en plegarias.

Dulce Nombre es una luz
 lo mismo que Candelaria,
 candelas, fuego puro,
 en sus naves de esmeraldas.

El rezo es un clamor
 que llega desde la Alfalfa.
 La Campana es oración
 y oración se hace la Plaza,
 cuando ven pasar a la Virgen,
 pura e inmaculada,
 repartiendo bendiciones,
 en sus barquitas de plata.

Los conventos de clausura,
 se abren para mirarlas.
 Aromas del mismo cielo
 se van quedando a sus plantas.

La Torre del Oro vibra,
 se empina la Maestranza,
 seguirillas y martinetes
 llegan desde Triana.

Un suspiro por el aire,
 le envía la Giralda,
 que se hace beso de amor

a sus vírgenes sevillanas.

Su Santidad el Papa, Juan Pablo II exaltó la filosofía cofrade Sevillana con una magistral definición: “La Semana Santa es la expresión piadosa que el pueblo ha creado para vestir plásticamente sus sentimientos religiosos”.

La Ciudad vive y goza lo hermoso como una obra de misericordia con el único ideal de predicar noticias de Dios a una sociedad que se desenvuelve en una grave crisis de ideales; una degeneración de los valores humanos donde prevalecen la falta de educación y las voces de la irracionalidad. No se trata de provocar sino de transfigurar la realidad con una cristología menos teológica, más comprensible y arraigante en la mentalidad de esta sociedad que ha perdido el horizonte de la fe que, quiérase o no, es aconfesional y a su acomodación religiosa, el cofrade por medio de la cofradía, tan íntimamente unida a la vida, hecha para evangelizar a las multitudes, con recoleta unción y rito sagrado, le lleva la plasticidad del Misterio Redentor para que se desarrolle una reflexión de fe, un diálogo interior, a quienquiera que sea y de dondequiera que venga.

Aquí emerge la responsabilidad cristiana-cofrade del siglo XXI, con la sencillez de un níveo ramita de azahar y la naturalidad de una teología fácil como una rosa que disuelve su fragancia en las manos acariciantes. Una Teología fundamentada en el acercamiento a la humanidad de Cristo, magisterio comprensible ante la serena mansedumbre y humildad de Jesús, tan humanamente divino, acercándose con el majestuoso andar de su paso, midiendo los tiempos, cargando la suerte de costero a costero, echando el paso valientemente hacia delante con ansias de presentarse al pueblo y dar una respuesta a la pregunta inacabada del pretorio sobre qué es la verdad.

Ya lo dijo un santo cofrade, arzobispo y cardenal de Sevilla, Don Marcelo Spínola: “Las cofradías son el catecismo del pueblo”.

Así lo entendieron las hermandades, sintiéndose Iglesia con vocación de apostolado, desplegando su fe y sus creencias ante los ojos de quienes dudan o niegan que los ideales cristianos tengan vigencia en la sociedad actual. Esa es la grandeza, la presunción, la honra y la gloria del Cofrade Sevillano.

La catequesis cofradera se difunde con la imagen de un Cristo que jamás veremos en Desamparo y Abandono. Una catequesis que nos deja clavada la mirada, entre luces y fragancias de sentimientos admirativos y de piedad popular, ante la quieta y erguida figura de Jesús Ante Anás. Una catequesis que enlaza culto y cultura con justa precisión transubstancial dimanada de

la acción eucarística que desborda el costado de mi Cristo de la Sangre. Una catequesis llena de belleza mostrada en grado sumo de generosidad, de estética, de sublimación, con el más puro, elocuente y elegante amor ante la muerte y ante la vida. Mirad:

Cuando el paso pasea, cuando la cruz se mueve, parece que aún se sienten los latidos de la sangre en las venas del Cristo de las Almas, cómo si estuviera resucitando ante la ojiva de la puerta de Omnium Sanctorum.

Muerte, ¿dónde está la muerte
que estoy sintiendo su ausencia?
¿Dónde el lúgubre sudario
y la cruz de penitencia?

Cristo está resucitando
en una Sevilla muerta.
Que den flores las macetas
y los pozos su agua fresca.
Que se remansen cañadas.
Que florezcan las riberas.
Que repiquen las campanas.
Que todo el mundo lo sienta.
Que Cristo está Resucitando
y Dios habita en la Tierra.

Con la fe cristiana,
Jamás podrá la tristeza.
Que se entierren los rencores
y se liquide la hortera
filosofía del hombre
que se agita y desespera.

Quien dude de Ti, Señor,
que venga aquí y lo vea
y mire con humildad,
por esta Sevilla vieja,
a la Hermandad de los Javieres,
que en su transida penitencia,
ve Resucitar a su Cristo
en plena calle la Feria.

Llamaron locos a los calonges que mandaron construir nuestra grandiosa catedral. Locos debieron estar aquellos cofrades que, inspirados en la

locura divina de la previsión de la Sabiduría Absoluta, crearon un excepcional templo para que María nos endulzara la vida con la ambrosía de su Dulce Nombre. Templo de luz, exultante, arrebolado, alzando faldones, respiraderos, canasto, candelabros, varales, jarras, bambalinas y candelera, realzando la belleza de la Virgen a quien el metropolitano templo se rinde, ante Ella, con sus columnas, ojivas, bóvedas, crujiás, cúpulas, agujas, rosetones y vidrieras cuando la luna, en la Puerta de los Palos le besa su cara de Virgen Niña, de Madre Buena su cara.

¿Quién puso hermosura
en tu rostro de dolor
que reflejas la ternura
en un diálogo de amor?

¿Quién la dulce mirada
de paz, gracia y consuelo,
que yendo tan recatada
eres delicia, eres el cielo?

¿Quién las perlas de las mejillas
y el frunce del entrecejo
que ahí se pierde Sevilla
mirando tus ojos negros?

¿Quién te puso la saya
la corona y el manto,
por donde quiera que vaya
eres gloria del Martes Santo?

Que tanta gracia y belleza
no la pudo crear el hombre,
a Ti te hizo Dulce Nombre
el alma de esta tierra.

Dicen, y dicen bien, que el cofrade sevillano vive la Semana Santa todo el año. ¡Qué gran virtud hacer de la vida un expresivo diálogo con las veneradas y queridas imágenes! Quizá influyera la que tras una reja con lágrimas en los ojos y una calma apaciguada reflejada en su rostro, ofrece con amor y con angustia su Salud y Buen Viaje para caminar por la vida predicando y siguiendo su doctrina. O fue una estampa bruñida por los años la que pregonaba el evangelio de María siendo el molde donde se modela el marianismo con responsable imitación. Así de sencilla es la simiente donde germina la actitud de pensamiento, servicio y trabajo del cofrade:

con sus problemas y conflictos; con sus esclavitudes y miserias; con sus conquistas y fracasos; con sus anhelos e ilusiones. Jamás juega a los pasitos; ni es un tonto de capirote; ni pierde en tiempo en la precariedad y en la intransigencia. Tampoco es un retrógrado ni un mediocre hipócrita. La imagen del Nazareno o de la Dolorosa, a los que tanto quiere y venera, trasciende a su vida convirtiéndola en auténtico paso de Cristo y paso de palio con calor de candelas, como ascuas vivas, paseándolos día a día en medio de la familia. Llevándolos en apoteosis de filigrana barroca por el trabajo y por la escuela. Presentándolos con esfuerzo supremo de costalero a los vecinos y a los amigos; con precisión y justeza a toda la ciudad, por todos los ambientes con la sonrisa en los labios, ansioso de goces del alma, con las manos extendidas tolerantes y solidarias; regalando felicidad a quienes le rodean. Fuente de luz y de fragancia abierta a la comprensión, a la disculpa, al servicio generoso y al perdón. Significado progresista en el amor. Conservador del mejor legado de libertad y dignificación humana. Reciba este cofrade sentimientos admirativos traducidos en aplausos de gratitud y de respeto. Pregonero auténtico e incansable de Jesús y de María, de su ciudad y de sus hermandades. Por él y por ella, hombre o mujer, concédanme la venia: Sr. Director Espiritual, Sr. Presidente, Dignísimas representaciones, expregoneros, señoras y señores, para arrancar con mimo al jardín florido de Sevilla un hermoso clavel y ofrecérselo con cariño y orgullo, con un ole jocundo a quien presume, se siente cofrade y vive su Semana Santa como santuario de paz, de ilusión y de esperanza, saboreada ofreciéndola en su auténtica esencialidad todos los días del año.

Gracias hermanos por haberme dado la oportunidad de expresar con mi voz acrisolada, mi corazón rebosado sobre el atril del sentimiento, el reconocimiento a quienes son los auténticos pregoneros de Sevilla, aunque no luzcan desde una tribuna su elocuencia y su rima. Sus mejores versos, la entrega. Sus mejores himnos, el trabajo. Sus mejores exaltaciones, la renuncia. Todo expresado en el escenario incomparable del Gran Teatro de Sevilla que se inunda de alabanzas, que es testigo de un sínodo cofrade, cuando se habla de Cristo o de la belleza esplendente de una Virgen Dolorosa como hacen los hombres y las mujeres de nuestras hermandades y cofradías pregonar su fe y sus creencias para honor y gloria de la Santa Madre Iglesia.

El pregonero con la voz cansina de la vuelta, en su Estación de Penitencia a la Catedral del sentimiento, se da cuenta que ha vencido los muros y las angosturas de la ojival puerta la Madre de los Desamparados. Emocionado ve como...

Se encuentran cara a cara
 la Reina de San Esteban
 y su Virgen Coronada
 que traída por costaleros,
 al filo de la madrugada,
 quiere ver por que dicen
 que está desamparada.

Las dos lloran sus penas,
 las dos miran sus caras,
 las dos viven en silencio
 los piropos y plegarias.

Los costaleros a pulso
 a Encarnación levantan,
 la Virgen de San Esteban
 correr deja una lágrima.
 San Benito la consuela
 con notas de una marcha,
 y una salve enternecida
 y unas flores emocionadas.

Dos Hermandades unidas,
 túnicas entrelazadas,
 cuando las dos se despiden
 con nudos en la garganta,
 entre susurros de rezos,
 entre saetas y marchas.

Ya mi Virgen se va
 entre varales de plata.
 Un poquito de mi vida
 se ha quedado a la espalda
 cuando cruzo Puerta Carmona
 con mi Palio a la Calzada.

Esta exaltación ha querido ser una verdad gozosa, eminentemente cofrade, con ideas claras, profundas y convincentes, llena de gratitud a quienes hacen el milagro del latir cofradiero; a quienes optimizan la ciudad para la oración colectiva que es verdad sin abstracción, templo desbordado de fervores, altares ante donde el hombre y la mujer, quizás con una sola

mirada, supliquen, imploren, alaben o veneren a Nuestro Señor Jesucristo y a su Santísima Madre.

El orador, desde la Calzada de su alma, se imagina la apoteosis de suprema elegancia del paso de Nuestro Padre Jesús de la Salud reflejándose en el pañolón de piedras centenarias que enmarcan la realeza histórica del viejo Alcázar entre un delirio de claveles bajo una luna, siempre llena, que lo envuelve en su refulgente luz de plata. Emocionado siente un aldabonazo en su arrítmico corazón, percepción de una levantá gozosa del paso.

Perdonadme que el deseo más ferviente que sale de mis labios sea la más sincera y necesaria súplica al que es Bálsamo de perdón y Elixir de misericordia. Pasa Cristo ante una muchedumbre ansiosa de buscar paraísos perdidos. El Señor de la Salud va dispensando su doctorado de amor, la receta de la Verdad, en el consultorio cromático de la jardinería perfumada por su divinidad en un entorno mayoritariamente joven. Jóvenes sevillanos, jóvenes de hoy, que están sufriendo un martirio callado porque viven aquello que el mundo no valora, que no ven la moral como la mejor cultura de la sociedad. La cruz que abraza con dulzura, que se incrusta en el hombro izquierdo, aunque parezca una contradicción, es la mejor lección de libertad humana y de grandeza divina.

Agarrando fuertemente las aristas de mi blanca capa cofrade, clavados los ojos en el horizonte perdido entre palmeras, acacias, magnolios y adelfas, me uno a los hermanos de San Nicolás en un acto íntimo, personal, humano, lleno de fe y de esperanza. Sabemos que llorar no está de moda, que el peor paisaje es el valle de lágrimas, pero como vosotros, rojos tengo los ojos y húmedo el valle profundo de mi alma Cristiana y Sevillana.

Padre Nuestro de la Salud,
los cofrades con lágrimas
blancas de lunas y estrellas.

Con voces calladas, voces
que son más que oraciones
quebradas como cristales
hirientes sobre la noche,
Te claman ante esa cruz
que es pesada y dura
y cruje con amargura
de eterna redención.

Líbranos de ataduras,

llénanos de ilusión,
y de una fe reverdecida,
de la fuerza de la oración,
para convertir la arcilla
de nuestros jóvenes
en imagen de cristiana alfarería,
en sol que alumbre la tierra,
en sal que sale la vida.

Que respeten a sus mayores,
que honren a la familia,
que se olviden de la droga,
del humo de la fantasía
de esos falsos profetas
que ofrecen liberar
de no sé que ataduras y vida,
cuando la vida es respeto
y la libertad bien entendida
es la madre de la educación,
de la ética y de la elegancia,
de las buenas costumbres,
la reina de la tolerancia.

Señor de la Salud,
Fuente de la Divina Gracia,
escucha nuestras súplicas
atiende nuestras plegarias.

Cuando este cofrade muera,
cuando su vida no exista,
dejara sobre este valle
la mejor de las reliquias.

Que los jóvenes te veneren,
que respeten a Sevilla
igual que os he amado,
con el alma de rodillas,
con el pecho comprimido,
con lágrimas retenida,
con la verdad por delante,
con libertad enaltecida,
con el máximo respeto
a las personas y a la vida,

con todo el calor humano,
 hecho eterna cofradía
 de una verdadera hermandad,
 la hermandad de la familia.

El titilar de las lucecillas de las candelas temblorosas y palpitantes quisiera guardarlas en el miraje de las retinas cuando hasta se para el aire, casi inerte, para acariciar con su soplo su linda cara, su bello rostro dolorido, su dolor sereno, la luz más hermosa, Candelaria divina, cuando llega paseando por la calle San José sin prisas, sin alborotos, sin estridencias, prisionera en el embrujo, arrullada por el señorío de su paso de palio, a las puertas dormidas del templo de San Nicolás como niña de mimoso empaque, como rosa de amor temprana, como mujer de pena callada. ¿Qué lástima, Dios mío, no poder ver su cara!

Déjame Madre que llegue con mi voz hasta tus plantas. Acógeme como una saeta presa en tu mirada.

Virgen de la Candelaria
 deja tu llanto en el suelo
 que, por secar tus dolores,
 le he robado el pañuelo
 al palio de mis amores.

Abre Señora la boca, clavel quebrado en la noche. Alza la luz de esos ojos, linda rosa pasionaria y danos felicidad con la belleza de tu cara.

Mécela por Dios costalero
 con el compás de tu gracia.
 Que suene “Campanilleros”
 rozando la madrugada
 y la oración hecha saeta
 que la acuna y que la abraza.

Que repiquen las bambalinas
 con el vástago de la plata.
 Que las flores revivan
 en el redil de las jarras.
 Que despierte en la candelaría
 toda la cera quemada.

Poco a poco valiente,
 despacio, con calma,

que ante su gracia divina
 toda la cera ilumina
 su bello rostro encendido
 hecho fuego de candelas
 que impulsa las velas
 de su nave celestial.
 Que no se mueva un varal,
 que de alegría viene llena
 que tanta hermosura no cabe
 cuando va dejando la calle
 La Reina de San Nicolás.

Este pregón lo habéis hecho vosotros que, siempre, sin faltar un año, traéis la luz venida desde lo más alto y puro de los cielos al atrio de la gloria. Y lo hacéis como Dios quiso: que el clavel fuese beso fervoroso y callado, una plegaria secreta a los pies de un paso de Cristo. Y que el alma se extasiara de gozo con la simetría perfecta del paso de palio donde se custodia la dolorosa hermosura de una Virgen.

Así lo pensó Dios, Sabiduría Absoluta. Así lo inventó el cofrade, creando la cima de la belleza, uniendo la fe a la cultura y el culto al amor. Así lo presenta cada primavera en una piadosa, ascética, entrañable, barroca, sublime, vivida Semana Santa y se la entrega a Sevilla.

He dicho.

Pregón pronunciado el jueves, día 21 de marzo de 2.002, en la Parroquia de San Nicolás de Bari por Manuel Rodríguez Hidalgo.